

Droguería Txoko

Arantza Sarasola, toda una vida detrás de un mostrador

Txema Arenzana

* El Bar Txoko: 1933-1958

El pasado mes de mayo cerraba sus puertas una droguería por cuyo escaparate ha desfilado más de medio siglo de la historia de nuestro pueblo. Al frente de la misma, Arantza Sarasola, quien a la edad de 11 años se aupaba a un cajón para alcanzar a servir los *txikitos* de vino en el Bar Txoko regentado por sus padres, Emilio, trabajador de La Lanera y María Luisa. Porque antes de abrir la droguería, allá por 1958, en el local de Plaza Los Fueros nº7, los padres llevaban regentando el bar durante los últimos 25 años.

De aquellos años, todavía una niña, datan sus primeros recuerdos de atención al público con clientes asiduos como el Dr. Munita, prestigioso médico en el pueblo, acompañado de Altube, con almacén de maderas en Ondartxo. Al terminar la jornada, se calzaba unos patines y se ponía a corretear por la plaza. Arantza era conocida por el sobrenombre de *Jokotami, la patinadora*.

* La vieja droguería: 1958-1984

Ella nos cuenta que sus padres, pensando en el futuro de las hijas, decidieron cambiar el negocio del alcohol por el de las drogas, convirtiendo el bar de Plaza Los Fueros en una droguería, cuya definición, según el diccionario, es "*Trato o comercio con drogas. Establecimiento en que se venden drogas*". Así pues, en 1958 se abre la que llamaremos "vieja droguería", regentada por sus padres con quienes aprendió el oficio que nunca abandonaría hasta su jubilación. Han sido 53 años detrás del mostrador ganándose la vida y disfrutando con un trabajo que siempre sintió como un servicio a los demás.

Recuerda aquel "*txoko*" como un espacio ligado a la vida, los usos y las costumbres del pueblo, muchas de las cuales fueron desapareciendo

con el paso de los años. Allí uno podía encontrar de todo: ceras naturales para abrillantar los metales o la madera, sosa cáustica para la limpieza, jabón en trozo, papel matamoscas, todo tipo de productos para la huerta como venenos, fertilizantes... o sulfato de cobre para las viñas.

–Pero, ¿cómo para las viñas si aquí no tenemos viñas?

–Era un producto muy solicitado ya que la gente lo llevaba a su pueblo en vacaciones– me responde.

En esa época que duró hasta 1984, se trabajaba mucho despachando, incluso aprovechaba los ratos libres para coger puntos a las medias o hacer collares con perlas blancas.



–¡Ah! Se me olvidaba – dice Arantza–. También vendíamos petróleo a granel para las cocinas. Recuerdo que el difunto Gaspar me dejaba un carro para ir a Elizalde de Pasajes en su busca. Buenos esfuerzos me suponía.

–¿Cómo era la plaza entonces?

Ella la recuerda “hoy también es así, aunque distinta”, llena de vida. En ella se organizaban actividades deportivas, culturales, etc. De vez en cuando venían las comedias donde vio debutar a Andrés Pajares con sus padres, que eran comediantes.

* La droguería de Kapitan-enea: 1984-2010

–¿A qué se debió el cambio de ubicación?

En 1984 le llega la hora de la jubilación a sus padres y ella decide cambiar un local tan amplio por otro más reducido en el que ya sólo trabajará ella, el local de Kapitan-enea nº12, que acaba de decirnos adiós para siempre. Un local y un trabajo, el de Arantza, que ha sido capaz de desafiar la crisis que tanto ha afectado a su sector, sobre todo, a partir de la irrupción de los grandes comercios y ¡cómo no!, también debido al progresivo cambio de los usos y costumbres de los pueblos. Aunque ella, con ilusión y tenacidad, ha sabido mantener su sello de



identidad con productos que no era posible conseguir en otros espacios comerciales como las ceras o la sosa cáustica de que antes hablábamos, o el almidón a granel, la resina para injertar árboles, etc., muchos de ellos productos para el caserío donde más perviven nuestras ancestrales costumbres.

Vamos a cerrar este breve recuerdo-homenaje mencionando el papel que la tienda ha jugado (no sabría decir si de ateneo tertuliano o de centro de acogida y reunión) como aglutinador de una cuadrilla de amigas que todas las tardes venían a visitarla a la tienda o a sentarse en el banco de enfrente si el tiempo lo permitía. Mientras conversaba con Arantza para redactar estas notas, una de ellas (recordando a Gabriela, la carnicera del Mercado, que desde que se jubiló y durante todos los días de los 25 años restantes que vivió pasaba las tardes en la tienda) se preguntaba: ¿Y ahora qué va a ser de nosotras?

Otra cliente me comentaba que siempre había conocido a Arantza alegre, con el “buenos días” en los labios, fueran días alegres o tristes; o dirigiéndose a las gentes del caserío que la visitaban con ese euskera suyo tan *goxua*; su entusiasmo por dar colorido a la tienda con el jarrón de flores frescas, tan bonitas. Son tantos detalles grabados en la memoria... Ya lo creo que echaremos en falta ese “*txoko*”, con su Arantza.

¡Agur, hasta siempre!

